

HELDER CAMARA

Juan Manuel del Río

*«Si doy comida a un pobre,
me llaman santo,
pero si pregunto por qué es pobre,
dicen que soy comunista».
(Helder Cámara).*

Hoy día siete de febrero
del año tantos y tantos,
(desde mi ventana veo
caer la nieve
a este lado del Charco),
cuando alguien me está soplando
que hoy cumpliría
cien años
el obispo Hélder Cámara.

¿Cien?
(efemérides del bien,
respondo,
con un sentimiento hondo),
sin embargo,
los santos no cumplen años,
proclamo,
son gente nacida en tierra
de pobres, para los pobres,
herederos de la eternidad,
porque él, como tantos y tantos,
(recuerdo a Luther King,
y a mi entrañable amigo Romero,
obispo cercano y santo,
el humilde salvadoreño),
trabajaron por la paz.

Una cruz de sufrimiento
cargó en sus hombros
el otrora obispo de Recife,
(intrépido, humilde,
servidor de la paz),
por el proceder innoble
de una dictadura militar.

“La caridad,
-recordó-,
no es generosidad
ni expiación del pecado,
sino deber y justicia
si ha de ser caridad”.

La caridad,
deber obligado es

(del cristiano y del pagano),
de dar al que no tiene,
techo, cobijo, y comida,
trabajo, cultura y salario,
y una dignidad de vida.

Y aquel día,
Hélder Cámara escribía:

*«Que nadie se haga ilusiones falsas,
que nadie obre de manera ingenua:
que quien escucha de Dios la voz
y hace su opción interior,
sale de sí mismo y parte
para luchar con pacífico talante
por un mundo más justo
más humano,
ni piense que va a encontrar
un camino trillado y fácil,
con pétalos de rosas a sus pies,
o multitud que le aplaudan,
y encima,
como protección decisiva,
la Mano de Dios divina.
Quien se arranque de sí mismo
y parta como viandante
de la Justicia y la Paz,
prepárese a enfrentar
desiertos de incomprensión
y abundante soledad».*

Y así, de pronto,
el desierto floreció
en la utopía más noble
de la Teología que hablaba,
a los humildes y pobres,
de Dios y la Liberación.